

CAPÍTULO 12: EL REFUGIO.

A la mañana siguiente, el grupo de amigos volvió a salir con sus mochilas camino del pico del Mulhacén. Tras el susto del payaso Stinky, acordaron entre todos que la mejor opción era volver a dormir en el refugio de la Caldera, como hicieron años atrás. Aunque algunos creían que podían subir y bajar del Mulhacén en el mismo día, y volver a pasar la noche en la casa alquilada en Soportújar, llegaron a la conclusión de que serían demasiados kilómetros para hacerlo en un solo día y que no todos lo pasarían bien.

El día transcurrió sin demasiadas emociones, excepto el momento en el que Gabi se resbaló, para disfrute de Mónica y Teresa, que tuvieron el placer de verlo caer.

Aunque llegaron con tiempo de sobra al refugio de la Caldera, y habrían tenido tiempo de subir al Mulhacén para volver a dormir a cubierto, el grupo de amigos pasó la tarde jugando a las cartas entre lagunas, cabras y risas. En ocasiones, Mónica y Teresa rompían a reír, al recordar la caída de Gabi, mientras que otras veces alguien hacía mención del misterioso hombre del traje y el

bombín de la sierra. Por la noche, tras cenar los bocadillos que habían llevado y tomar unas cervezas, recogieron toda la basura y se dispusieron a dormir. Aunque no había hecho mal día, el frío en esa zona tan alta de la montaña se hizo notar, y pronto la gran mayoría de los amigos empezó a protegerse con los sacos y la escasa ropa de abrigo que habían llevado.

Un par de horas más tarde, todos están en los sacos tratando de dormir.

—Gabi, amiga... ¿Estás despierta? —preguntó Marta.

—No, estoy dormida en un sueño placentero sobre esta piedra inmunda sobre la que estamos durmiendo —respondió el joven, molesto, moviéndose para tratar de encontrar una postura algo cómoda.

—Tío... me estoy meando, ¿me acompañas fuera?

—¿En serio? ¿Esto es verdad? Te he preguntado lo menos cinco veces antes de meternos en esta cama del infierno, ¿y qué me has respondido? “No, paso, me meo un poco pero aguanto” —respondió imitando la voz de su amiga con tono burlón.

—Ay, maricón, es el frío, que se me mete en la pepitilla...

—Qué vulgar y ordinaria eres, así jamás encontrarás un príncipe. Anda venga...

Juntos, Gabi y Marta salieron del refugio, tratando de hacer el mínimo ruido posible para no despertar a sus amigos. Avanzaron unos metros para que la chica pudiera orinar.

—Tía, ya está, no andes más.

—Coño, si es que estamos aquí al lado, vamos a separarnos más que me van a escuchar.

—Sí, claro, que no tienen ellos otra cosa de la que estar pendientes. Ni un paso más doy.

—Bueno, quédate ahí, que yo me aparto un poco.

—A ver si te vas a caer por ir a mear y te vas a matar orinada y patética.

La joven avanzó un poco más, hasta el punto en que Gabi dejó de verla. A los segundos, escuchó el sonido de la orina cayendo al suelo.

—Anda, hija, te quedarás a gusto.

—Ay, en la gloria, y yo que creía que iba a...

De pronto, el sonido de la voz de Marta se apagó, y el joven dejó de escuchar a su amiga orinando.

—¿Marta? —preguntó, inmóvil.

El joven permaneció en el mismo punto, tenso y tratando de ver algo en la oscuridad.

—Tía, no tiene gracia —afirmó, al tiempo que avanzaba unos pasos para tratar de intuir la figura de su amiga—. Como me des un susto te juro que te dejo dormir en la calle. ¿Marta?

En medio del silencio de la noche, Gabi alcanzó a escuchar un sonido, como si se golpease un martillo o unas piedras. Aterrorizado, el sonido como de un grito ahogado llegó hasta él. En ese momento, unos metros más allá, en el lugar en el que Marta desapareció unos segundos antes, llegó a vislumbrar algo moviéndose.

—Tía, estás ah...

De pronto, entre las sombras algo apareció bruscamente, saltando sobre él y gritando:

—¡MARICÓN! —chilló Marta, partiéndose de risa.

—¡Serás puta! ¡Qué susto me has dado, coño!

—Ay amigo, qué risa me ha entrado. Que sepas que he salido porque cuando he escuchado el ruido ese me he cagado un poco, si no...

—Maldita seas, ¡la próxima te acompaña tu madre! Anda, vamos, que el bicho o lo que sea que hace ese ruido me está poniendo de los nervios.

Ambos volvieron a caminar al refugio y, una vez dentro, se acomodaron en sus sacos para tratar de dormir. Cada pocos minutos, el silencio de la noche se rompía con las risas ahogadas de Marta, que volvía a reírse cada vez que recordaba el susto que le había dado a su amigo. Una hora después, Marta había conseguido dormirse, pero Gabi seguía despierto, con la mirada fija en la puerta del refugio. El extraño ruido y el gemido no habían cesado desde que habían vuelto. De pronto, sin previo aviso, ambos sonidos pararon en seco.

Gabi, tenso y nervioso, consiguió comenzar a conciliar el sueño. Una media hora después, cuando estaba entrando en ese momento en que no distingues entre realidad y sueños, un crujido en el exterior del refugio lo despertó. Se incorporó despacio, tratando de no hacer ruido para no despertar a sus amigos. En el

hueco que quedaba entre el umbral de la puerta y la parte baja de la misma, el joven creyó intuir una sombra que se movía frente a la puerta. Asustado, extendió su mano para tratar de despertar a Marta. El roce de su mano con la tela plástica del saco de su amiga provocó un suave sonido que, en mitad de la noche, pareció retumbar. Sin apartar la mirada de la puerta, alcanzó a ver como, fuera lo que fuera, la criatura que estaba en el exterior pareció haber escuchado el ruido y se alejó de la puerta.

Gabi no consiguió dormir con tranquilidad durante el resto de la noche, y sus ratos de desvelo se cruzaron con pesadillas en las que extraños sonidos y sombras le acechaban en mitad de la montaña. Sólo cuando la claridad del amanecer comenzó a asomar por debajo de la puerta, el joven logró conciliar el sueño.

CAPÍTULO 13: DIBUJO

A la mañana siguiente, tras levantarse y desayunar, el grupo se preparó para subir al Mulhacén a media mañana y bajar para comer al refugio de la Caldera. Para sorpresa de todos, el día amaneció nublado y con bastante mal tiempo. Javi, que conocía la montaña mejor que el resto, empezó a meterles prisa para subir cuanto antes, temiendo que comenzase a llover.

—Venga, vacas, que sois muy lentos. Al final nos pilla la lluvia y verás... —afirmó

—Qué cenizo eres, de verdad. ¡Que no nos va a llover! Además, es lluvia, no ácido —respondió Gabi, poniéndose la mochila en la espalda.

—Como llueva me voy a tapar con tu ropa —refunfuñó de nuevo Javi.

—Veeenga, vamos, que al final vas a tener razón y me veo en pelotas en mitad del monte —apoyó Gabi, al ver que era cierto que el día estaba bastante nublado.

El grupo se dirigió hacia la cima, encabezado por Javi, Gabi, Manuel y Vicky. El resto salieron detrás, mientras que Mónica y Juanan abandonaron el refugio los últimos, asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada para que no entrase ningún animal.

Al poco de comenzar la ruta, el cielo comenzó a volverse más y más oscuro, y el viento empezó a arreciar, arrastrando sonidos de truenos.

—Chicos, creo que es mejor volver. De hecho, casi os diría de volver a la Caldera y, cuando pare un poco, ir directos a la casa, si es que es posible. Con este tormentón me da un poco de cosa que nos quedemos a pasar la noche en la Caldera — explicó Javi, con el rostro preocupado.

—La verdad es que se está poniendo el tiempo feo... Apoyo la moción, gordi.

Gabi se giró para hacerle al resto un gesto, indicándoles que se detuviesen. Al llegar junto a ellos, con cara preocupada, Teresa preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué volvéis?

—Javi y Vicky dicen que ven mejor que abortemos la misión... La verdad es que yo creo que también es buena idea

—apoyó Manuel

—¿Por la lluvia, no? Yo qué sé, yo no lo veo para tanto... pero vaya, si el resto lo veis así, pues nos damos la vuelta.

—Javi dice de parar en la Caldera mientras deja de llover y, si eso, bajarnos más tarde a Soportújar... —explicó Vicky.

—Yo para eso me iba directa. No creo que tarde mucho en empezar el tormentón, e igual nos pilla a mitad de camino, pero es que tiene pinta de que cuando empiece no va a parar en todo el día... —propuso esta vez Marta.

Tras un rato de debate, entre todos decidieron aprovechar que era de día y bajar directamente a Soportújar. Tal y como Marta decía, la tormenta los alcanzó a mitad de camino.

Durante casi cuarenta minutos, la lluvia los empapó y, cuando llegan a la casa, estaban calados hasta los huesos.

—Joder, vaya exploradores estamos hechos —dijo Mónica—. Se me han mojado hasta las bragas...

—Es que solo a nosotros se nos ocurre echarnos al monte sin mirar el tiempo.

—¡Javi y yo lo miramos, Gabi! Y se suponía que iba a hacer bueno, pero a la vista está que de poco nos ha servido —se defendió Vicky, con el pelo pegado a la cara y todo el cuerpo chorreando.

—Yo voy a ducharme.

—Marta, tú y todos, que estamos de barro hasta el culo —se quejó Gabi, que se había resbalado de nuevo y tenía todo el pantalón lleno de barro y suciedad.

—Vaya hostia has dado, ¿eh? Luego me decís que la gacela soy yo... —se mofó Teresa, recordando su caída en el charco el primer día.

Todos empezaron a ducharse y a colocar la ropa mojada sobre las literas para intentar que se seque. Manuel, que había entrado al baño el último, sale secándose el pelo y avisó a los demás de que ha dejado el móvil cargando en el baño, que si Lourdes, su mujer, llamaba, lo avisaran.

Justo al decir eso, el teléfono de Vicky sonó:

—Coño, ¡qué susto! ¿Te imaginas que es ella? —preguntó dirigiéndose a Manuel.

—Ella o el hombre del traje y el bombín —respondió el muchacho con guasa.

—Ay, calla. ¿Sí, dígame? —preguntó Vicky—. No, no es el hombre del traje, aunque tiene voz de macho —respondió tras descolgar y escuchar al otro lado a Elvira—. ¿Qué tal la vuelta? ¿Qué número es este?

—Es el de mi compañera de piso. El mío se lo he dejado a Adolfo para que se lo lleve al trabajo, que luego hemos quedado en que me llamaría para pillar algo para cenar en casa —explicó la chica—. ¿Quién es el hombre del traje? ¿Otra vez el que asustó a Sonia?

—¡Qué va! Uno que nos contó Javi, que según él es el demonio que va por la sierra matando gente vestido como si fuese un modelo de Armani, con traje y un bombín. Un mojón de historia de miedo, vaya. Por lo visto la vez anterior nos contó la historia y Gabi y Marta se cagaron, así que hoy la ha vuelto a contar otra vez para que se acojonen de nuevo — afirmó riendo—. Nosotros estamos en casa, que nos ha pillado un tormentón y nos hemos vuelto, así que al final no hemos llegado al Mulhacén.

—Pues vaya...

—Sí, muy intrépidos. Aquí estamos secándon... —el teléfono de Vicky comenzó a pitar—. ¿Elvira? ¿Me oyes? Me estoy quedando sin batería, ¡luego hablamos! —pero el teléfono se cortó antes de que pudieran despedirse.

La joven comenzó a rebuscar en su mochila el cargador, pero no lo encontró.

—Oye, ¿alguien me puede dejar el cargador? Me lo he tenido que dejar en algún lado...

—Si quieres quita un rato el mío y lo pones a cargar un poco. Tengo batería por si me llama Lourdes. Cuando veas que se te carga un poco vuelves a poner el mío, que está ya viejo y le dura la batería poco tiempo —le ofreció Manuel.

—Ok, gracias Manu —respondió la muchacha, mientras se dirigía al baño y conectaba su teléfono, todavía apagado, dejando el de Manuel al lado.

El resto, ya cambiados y secos, charlaban tranquilamente. Javi les recordó que, en teoría, esa noche era la mejor para ver la lluvia de estrellas conocida como las Lágrimas de San Lorenzo.

—Las Lágrimas de San Lorenzo nos han caído encima ya, por si no te has dado cuenta —replicó Teresa—. Me da a mí que poco le vamos a ver a San Lorenzo esta noche.

—Ya te gustaría a ti verle algo a San Lorenzo... —replicó Mónica.

—Bueno, si vemos que se despeja un poco probamos por aquí cerca. Cuando bajábamos he visto un sitio en el que se pueden ver guay —opinó Juanan.

—Vale, a ver si hay suerte —comentó Javi.

De pronto, las luces de la casa se apagaron.

—Lo que nos faltaba—se quejó Marta.

Intentaron sin éxito volver a encender los plomos de la casa, pero la luz no volvía.

—Chicos, desenchufad los móviles si los tenéis cargando, no vaya a ser que vuelva la luz y del subidón de tensión se os jodan, que esto en mi casa del pueblo pasa mucho y no es la primera vez que se nos jode algún cacharro —dijo Gabi, dirigiéndose a la habitación a desconectar su teléfono, que tras dos días en la sierra estaba sin batería.

Vicky, que tenía el contacto de la mujer que les había alquilado la casa, trató de llamar sin éxito para preguntar por la luz.

—Supongo que habrá sido una avería por la tormenta... Si vemos que no vuelve nos acercamos alguno al pueblo.

En ese momento, Teresa y Marta aparecieron con varias velas que habían encontrado en su habitación.

— Mirad qué romántico...

—Romántica va a ser la cena, que nos va a tocar hacer bocadillos otra vez —anunció Mónica.

—No por favor, que estoy frito... Vamos a ver qué hay — propuso Gabi, dirigiéndose a la cocina con la joven.

Mientras algunos volvían a jugar a las cartas, esta vez a la luz de las velas, Mónica y Gabi prepararon la cena. Fuera no paraba de llover. Cuando decidieron cenar, la lluvia pareció darle un respiro a la montaña y las nubes comenzaron a alejarse.

Mientras, a cientos de kilómetros de allí, Adolfo llegó a casa tras haber hablado con Elvira y comprar dos pizzas para la cena.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien —respondió él —¿Has hablado con esta gente?
¿Cómo les va?

—Sí... Iban a subir al Mulhacén, pero han tenido que volverse porque les ha empezado a diluviar. Ahí estaban, contándose historias de miedo. Por lo visto, Javi les ha contado una que ya les contó la otra vez que subimos al Mulhacén y que a Gabi y Marta les da susto.

—Joder, ya podían haberlas contado cuando estaba yo, que me flipan. Así la dibujaba —se quejó Adolfo.

—Para la mierda de historia que les ha contado... Era de un tío que se supone que era el demonio, que va por el monte matando gente vestido con traje y sombrero.

De pronto, Adolfo, se quedó parado, mirando fíjamente a Elvira, y con la cara pálida.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

El joven dejó las cajas de pizza y echó a correr a su habitación. Elvira, asustada, fue tras él. Cuando llegó a la habitación, Adolfo estaba rebuscando en su cuaderno, nervioso y con cara de miedo. Cuando llegó a uno de los dibujos, miró a Elvira, asustado.

—¿No sería un tío como este? —preguntó, tendiéndole a Elvira el dibujo.

La joven observó el dibujo, en el que el muchacho había retratado un hombre caminando por la montaña, con un traje y un bombín, justo en la zona cercana a la casa donde estaban sus amigos.

—¿Cuándo hiciste esto? ¿No te lo estarás inventado?

—Me cago en la puta, Elvira, te juro que no, joder. Lo vi el día que estuvimos en el refugio, me llamó la atención e hice el esbozo.

—¿Por qué no dijiste nada cuando lo de Sonia?

—¡Ni caí! ¡Hago tantos dibujos que ni me acordé! Me resultó extraño por cómo iba vestido, pero no le di mayor importancia. Lo vi desde lejos y justo en ese momento miré a otro lado y el hombre ya no estaba.

—Seguro que Javi lo vio también y se inventó la historia.

—Sí, puede ser...

Ambos se miraron, serios y pensativos.

—Bueno, voy a bajar a poner la mesa. Cámbiate y ahora cenamos —dijo Elvira mientras salía de la habitación.

Adolfo comenzó a cambiarse y, cuando ya se había quitado la ropa del trabajo volvió a coger la libreta y a mirar de nuevo el dibujo del hombre. De pronto, escuchó un golpe de platos rompiéndose. Nervioso tras la conversación que acababan de

tener, bajó corriendo al salón, sin soltar la libreta, y encontró a Elvira temblando, con varios platos rotos a los pies y mirando hacia el frente.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —se preocupó Adolfo

—No puede ser... Javi no ha podido inventarse lo de el hombre...

—¿Qué? ¿Por qué no? Pudo verlo cuando yo y contarles la historia cuando ya nos habíamos ido...

—La otra vez que estuvimos en el Mulhacén también les contó esa historia. Se la ha vuelto a contar porque Marta y Gabi la recordaban...

Adolfo, con el dibujo todavía en la mano, comprendió que algo raro está pasando. Miró de nuevo a Elvira, que tenía los ojos clavados en el retrato del hombre.

—Vale, llámalos. Seguro que es casualidad, o alguna broma de mal gusto de Javi, Gabi o Marta. Llama a Vicky y se lo cuentas.

Elvira trató de contactar con Vicky, pero el teléfono seguía apagado. Probó con el resto, pero ninguno contestaba.

—Tranquila, seguro que están bien, tiene que haber una explicación...

Ambos permanecieron callados, en silencio, mirándose preocupados.